

ROSA Y AZUL



SUMARIO: El milagro de la fe, por Enrique Pérez Escrich, con ilustraciones de J. Cuevas.—Cuentos del concurso: El ahorro.—Dulce sueño, por Adolfo J. Topham.—Instituciones benéficas: El niño descalzo.—Las ocho maravillas del mundo: LA ESTATUA DE JÚPITER EN OLIMPIA.—EL ENGAÑO DEL VESTIR, comedia por Rafael Leyda.—Para las madres, por Engracia Iglesias. El huérfano, por Fernando Uñón.—Historietas cómicas.—Correspondencia.—Pasatiempos.—Y las divertidas AVENTURAS DE UN PEQUEÑO FILÓSOFO.

24 páginas, 15 CÉNTIMOS

Toda la correspondencia artística y administrativa á D. Estanislao Maestre.
Marqués de Santa Ana, 2, primero.]

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Un mes.....	0,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1904.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✧✧✧

San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

NACIMIENTOS y figuras finas de Granada, Murcia, y tipos hebreos ✧✧✧ No comprar sin visitar antes la antigua casa de

E. MORENO, Fabricante en corcho.

Corcho rústico. — Madrid. — Abada, 19 y Carmen, 31.

Cifuentes, fotógrafo. San Bernardo, 52
MADRID

Para toda clase de anuncios diríjanse á
Mayor, 1, tel.º 123, Sociedad Anunciadora

LA PRENSA

SGCB2021

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



CARLOS GUADARRAMA MARTÍN

(De catorce meses)

Habitante en Madrid, Galileo, 4, primero, izquierda

(29 de las fotografías admitidas.)

EL MILAGRO DE LA FE

(Conclusión.)

II.—El sol detrás de las nubes

EN el salón de la Casa Consistorial de la muy heroica y benemérita villa de *Triquitraque* se hallaban reunidos el Ayuntamiento, el clero y los piadosos hermanos de la Cofradía del Cristo de las Angustias.

El respetable alcalde, sentado en un sillón de cuero, empuñaba la vara de la justicia con la diestra, la campanilla presidencial con la siniestra, un tanto molesto por el roce que á cada movimiento de cabeza transmitía á sus orejas el alto cuello de la capa.

El cura párroco, el guardador de la fe pública, los mayordomos de la Cofradía del Cristo de las Angustias y los concejales se hallaban sentados en los dos bancos que se extendían á derecha é izquierda del sillón presidencial. Al extremo del salón, y separados por la verja de respeto de todo tribunal, se hallaban en primer término los dos alguaciles, y detrás de éstos un grupo considerable de vecinos de la benemérita villa.

Se iba á tratar de un asunto de la más trascendental importancia. La nieve obstruía las calles; era indispensable limpiarlas para que pasase la procesión del santo patrono, pisando como de costumbre la fina arena y las olorosas hojas de laurel.

Se discutía con el calor propio de tan importante asunto: unos exigían que se limpiasen las calles con los fondos del Municipio, y otros opinaban que debía encargarse de este impropio trabajo la caridad de los vecinos;

pero la caridad tropezaba con un grave inconveniente; pues si cada uno barriaba su puerta, ¿quién se llevaba las barreduras de nieve del medio del arroyo?

Esto era grave.

El alcalde *Moralidad*... Ustedes dirán:



Tres lámparas de petróleo extendían las luces del progreso por los ámbitos del local, y dos velas de cera alumbraban el retrato de cuerpo entero del Monarca, que, rodeado de un dosel imperial, presidía en silencio las grandes solemnidades de *Triquitraque*.

«¿Por qué se llama *Moralidad*?» Pues voy á decirlo: Allá por los años 1823, cuando el Rey Fernando VII andaba por el mundo dando disgustos á los *blancos* y á los *negros*, en aquella época nunca bien ponderada, que tan pronto se gritaba ¡vivan las caenas! como se tocaba el *Himno de Riego*, el abuelo de nuestro alcalde era el jefe del Ayuntamiento más *absolutamente absoluto* de la provincia.

Un día que todo estaba dispuesto para recibir al señor obispo de la diócesis, y que los voluntarios *realistas* se hallaban de *real orden* reunidos en la plaza *Real*, cuando el vuelo de las campanas anunció la entrada del prelado, el alcalde, asegurándose su enorme morrión y desvainando su valerosa espada, exclamó:

—*Reales realistas de la real villa de la realista Triquitraque, ¡saquen el real sable, resáquenlo realmente reagora!*

Este discurso arrancó una ruidosa carcajada á varios desocupados, que indudablemente eran liberalotes, y el alcalde, dirigiéndoles una mirada tan feroz como inquisitorial, les dijo:

—Señores, moralidad, moralidad, y ¡viva el Rey absoluto!

El bueno del alcalde confundía siempre la palabra *moralidad* con la palabra *orden*, y como esta equivocación se repetía con frecuencia, acabó todo el mundo por llamarle el alcalde *Moralidad*, apodo que le acompañó hasta la tumba, y que heredaron sus hijos y sus nietos como una prueba de la consecuencia *política* de los triquitraquenses.

Después de esto continuemos.

El alcalde *Moralidad* dejó que se discutiera el asunto de la vía pública, reservándose como hombre de talla para resumir y cerrar el debate con cuatro golpes maestros dignos de la elocuencia de Demóstenes.

Cuando la discusión se hallaba en su período más interesante, el alcalde, persuadido de que acabarían por no entenderse, como sucede siempre que se reúnen media docena de españoles, levantó la vara, agitó la campanilla con mano vigorosa, y dijo, con toda la prosopopeya propia de las circunstancias:

—Señores, creo que han hablado ustedes bastante; y yo, como presidente del Ayuntamiento, resumo el debate, y ordeno y mando: 1.º Los vecinos pobres barrerán las calles. 2.º Los vecinos ricos prestarán sus

carros y sus criados para transportar las barreras á extramuros de la villa.

La despótica providencia del alcalde disgustó á todo el mundo, como vulgarmente sucede; hubo murmullos, palabras subversivas, miradas feroces y puños cerrados, y Dios sólo sabe si aquello hubiera concluido como el rosario de la aurora, á no penetrar en el salón, atropellando á la gente, el sacristán *Anguilita*, como sacristán á quien persigue un toro. Seguían al sacristán una turba de mujeres gritando con voces desafioradas: ¡Milagro! ¡Milagro!

—¡Señor cura! Hacia el barranco de la Albarda se oye una cosa así como... si fuera un coro de ángeles y otro coro de demonios que se tiraran de las greñas—dijo el sacristán.

—¡A la cárcel ese hombre!—gritó el alcalde extendiendo su vara con ademán épico en dirección al tío *Anguilita*.

—Señor cura, no permita su mercé que se ofenda á la Iglesia en mi persona—repuso el sacristán—; lo que digo es cierto: se oye una cosa extraña; debe ser un milagro; que lo pregunten á estas mujeres que lo han oído como yo.

—¡Sí, sí, dice bien el tío *Anguilita*, es verdad!...—exclamaron á coro las mujeres.

—¡A la cárcel las mujeres! ¡A la cárcel todo el mundo que perturbe el orden!—exclamó el alcalde agitando la vara.

—Señor alcalde—añadió el cura—, en las cosas divinas y sobrenaturales, yo soy la primera autoridad de la villa.

—Aquí no hay más autoridad ni más Dios que yo, y todo el mundo boca abajo—gritó el alcalde, subiendo sobre el sillón y dando con la punta de la vara un golpe al retrato en el ojo, que á estar vivo, deja tuerto á su majestad.

—¡Sacrilogo! ¡Blasfemo!...—gritó el cura calándose el sombrero de teja y arrollándose el manto debajo del brazo con desenvoltura española—. ¡Cómo se entiende decir que no hay Dios!... ¡Amados feligreses! ¡Queridos católicos! Ya habéis oído lo que dice el sacristán y afirman esas piadosas mujeres: se oye en el barranco de la Albarda un coro de ángeles. Mañana es la festividad de nuestro santo patrón. ¿Quién sería bastante ateo para dudar de que los ángeles pueden venir á visitarnos? ¡Pues qué! Si Dios lo quiere, ¿no pueden bajar los ángeles á la tierra de

los hombres como en tiempo de Abraham? ¡Pues qué! Si Dios lo quiere, ¿no pueden efectuarse milagros patentes en la católica villa de Triquitraque? ¿Hay algo imposible para el poder infinito de Dios? Amados católicos míos, os repetiremos con Jesucristo: *El que me ame que me siga.*

Y el cura, con marcial desembarazo, bajó las gradas del Consistorio. La muchedumbre le abrió paso, y después le siguió en tropel dándole vivas.

El poder eclesiástico había derrotado al poder civil. El alcalde, anonadado, se quedó solo con los dos alguaciles. Después de unos instantes de silencio levantó la frente, miró el retrato del Monarca, y exhalando un ruidoso suspiro dijo:

—Señor, ya ve vuestra majestad que yo soy un alcalde sin fuerza moral ni material; el clero ha ganado la batalla; esta vara que representa la ley es una caña inútil en mis manos; yo la deposito respetuosamente á los pies de vuestra real majestad y hago verbalmente dimisión de mi cargo.

El alcalde dejó la vara al pie del retrato y salió del salón seguido de los dos alguaciles, que, mustios y cabizbajos, iban pensando en su próxima cesantía.

Mientras tanto, el cura, victorioso, seguido por sus feligreses, sin faltar el tamborilero, el gaitero y el polvorista, se dirigió á la salida del pueblo. Muchos vecinos llevaban hachas de viento encendidas.

Al llegar á las últimas casas, y ya en el camino que conducía al barranco, el cura hizo la señal de alto, y todo el mundo se puso las manos en las orejas para oír mejor.

Y efectivamente, á lo lejos se oía un canto místico, religioso, y las acordes melodías de una música celestial, mezclada con gritos agrios y prolongados gemidos.

El terror, el espanto en los unos y la curiosidad en los otros, comenzaron á difundirse entre los vecinos de Triquitraque.

El cura hizo la señal de la cruz sobre la frente; mandó al sacristán que trajese de la iglesia el cazo del agua bendita y el hisopo, por si era necesario rociar á los malos; ordenó á la comitiva, colocando delante el tamboril, la gaita y el polvorista, para que fuera disparando cohetes voladores en señal de regocijo; se colocó á la cabeza con el hisopo en la mano; mandó á los hombres que marcharan á su lado y á las mujeres detrás,

y todo dispuesto, dijo, con la firme entereza de un verdadero creyente:

—Amados católicos, adelante, y sea lo que Dios quiera.

El primer cohete voló por el aire, iluminando el espacio con su radiosa cabellera de fuego; la gaita y el tamboril comenzaron sus árabes melodías, y el cura entonó una Salve, que corearon con fervor católico los feligreses que le seguían.

A medida que se aproximaban al barranco de la Albarda, el canto místico y la música religiosa resonaban con más claridad en los oídos de los vecinos de Triquitraque.

Nadie dudaba ya de que algo extraño y sobrenatural sucedía en el barranco; así es que el polvorista redobló sus disparos, el gaitero sus primitivas variaciones, el tamboril sus bárbaros redobles y la comitiva su rezo á voz en cuello.

¿Qué sucedía, mientras tanto, á los pobres músicos? Vamos á verlo.

Los lobos habían descendido hasta el fondo del barranco donde se encontraba el doloroso grupo de los émulos de Orfeo. El fagot, que era el más sereno, contó veinte, número que él creía muy suficiente para que se los merendaran á todos de una sentada.

Los lobos formaron un círculo completo en derredor de los músicos, que siguieron tocando y cantando sin apartar sus espantados ojos de tan terribles enemigos.

Cuando los lobos se hallaron á unos sesenta metros de la presa que codiciaban, se detuvieron, y, ó bien sea que el hambre se rebelaba en sus cuerpos al olfatear la carne viva, ó que los acordes musicales hirieran de un modo doloroso sus tímpanos, redoblaron sus aullidos, sin atreverse á avanzar ni retroceder.

Era indudable que la música los detenía.

De pronto comenzaron á agitarse todos, y dando vueltas en derredor de los músicos, pero los unos en sentido opuesto de los otros, bostezaban, se relamían con delicia los bigotes, produciendo un ruido extraño con el choque de las mandíbulas, que llenaba de espanto á los pobres festeros.

El movimiento incesante de los lobos, el brillo fosfórico de sus ojos, el color rojizo de su pelo sobre la nieve, parecían movibles manchas de sangre y oprimía el espíritu de los músicos, que de un momento á otro es-

peraban que aquellas famélicas fieras saltaran sobre ellos para devorarlos.

A pesar de esto, reanimados por las palabras de su viejo director, seguían tocando y cantando con tal fuerza, con tal fe, que el sudor caía hilo á hilo por sus frentes.

Aquello era una lucha homérica, titánica, sin otra esperanza que una muerte desastrosa.

De repente una cabellera de fuego iluminó la obscuridad del espacio, cayendo convertida en millones de chispas sobre la nevada tierra.

Los lobos enmudecieron, cesaron en su vertiginoso movimiento y levantaron las cabezas hacia el cielo para mirar con asombro áquel torrente de luz, enemiga de las tinieblas, que ellos aman.

Un segundo cohete siguió al primero. Algunas chispas cayeron cerca de los lobos, que, rompiendo el círculo con que tenían aprisionados á los músicos, fueron retirándose poco á poco hacia el monte y volviendo la cabeza, dando tristes aullidos.

Don Prudencio y sus compañeros mártires observaron esta retirada con indecible gozo.

—Indudablemente—dijo el maestro—vienen en nuestra ayuda. ¡Valor, amigos míos! Canta Angelita, canta; la música ha detenido á los lobos, el fuego los ahuyenta, la fe nos salva.

En aquel momento diez ó doce cohetes volaron por el aire, y los vecinos de Triquitraque desembocaron en el barranco de la Albarda.

Los músicos, al verlos, lanzaron un grito de gozo indescriptible y corrieron con los brazos abiertos hacia sus salvadores, mientras que los lobos huían devorando en silencio su miedo y su hambre.

El maestro *Relamido*, en su calidad de

festero ambulante, había estado varias veces en la villa de Triquitraque y era gran amigo del cura.

En dos palabras refirió D. Prudencio, con gran asombro de los que escuchaban, todo lo que les había sucedido.

Las mujeres besaban y acariciaban á Angelita con maternal solicitud, y el cura, después de abrazar á los pobres músicos, dijo con acento solemne:

—Amados feligreses: ya lo véis. Dios ha hecho un milagro, porque mila-



gro y no flojo ha sido el salvar á estos cristianos de la voracidad de los lobos. A casa, á casa, y mañana iremos en procesión á darle las gracias de tan fausto acontecimiento á nuestro patrón el Cristo de las Angustias.

Algunos momentos después el maestro *Relamido*, su nieta Angelita, el fagot *Sostenido*, el violín *Corchea* y el clarinete *Semifusa*, se hallaban *pegados* junto á la bien alimentada chimenea de la cocina del cura párroco.

—¡Oh! El calor es la vida, el frío la muerte—exclamó el pobre abuelito, extendiendo las manos hacia la llama hasta tocarla con las puntas de los dedos—. Hija mía, no olvides nunca que la misericordia de Dios

es infinita y que la fe es el apoyo más poderoso de la criatura para cruzar este valle de penalidades, que comienza en la cuna y termina en el sepulcro.

—¡A la mesa, señores, á la mesa!—dijo el cura frotándose las manos con satisfacción—. Nos espera una abundante cazuela de sopa con huevos y una caldereta de estofado que trasciende á gloria.

(Ilustraciones de Cuevas.)

Todos se abalanzaron á la mesa; después de calentar los entumecidos miembros, era conveniente calentar el estómago.

—*Benedicite*—dijo el cura bendiciendo los manjares.

—*Benedicite*—repitieron los músicos á coro.

Hay momentos de placer que la pluma es impotente para describirlos.

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH.

CUENTOS DEL CONCURSO

EL AHORRO

ANTONIO y Paco eran poco más ó menos de la misma edad; iban al colegio juntos y

rico comerciante á la vez que un hombre instruido, quiso que al mismo tiempo que siguiese una carrera aprendiera el oficio de encuadernador en los ratos de ocio que le dejaba libre el estudio.

Un día le dijo:

UN FANFARRÓN PASADO POR AGUA



—Vamos, hombre, parece que vienes muriéndote. Aligera.



—Señorito, pesa mucho el saco y vengo talmente derrengado.

estudiaban las mismas asignaturas; á los pocos meses de conocerse eran íntimos amigos.

El padre de Antonio era banquero, uno de los mejores capitalistas de Barcelona, no teniendo más hijo que Antonio.

El padre de Paco, hijo del trabajo, había llegado á fuerza de constancia económica y laboriosidad á verse dueño de uno de los principales talleres de encuadernación de Barcelona, y deseando hacer de su hijo un

—Mira, Paco: como al trabajar en el oficio dejas alguna utilidad á la casa, es muy justo que tú recibas también alguna recompensa; y, por lo tanto, todas las semanas ganarás una cantidad que irá aumentando á medida que vayas adelantando en el oficio. Así es que te compraré una hucha y allí irás guardando todo lo que ganes, á fin de que andando el tiempo puedas saber lo que vale el ahorro.



—¡Que pesa el saco! Ni que fueras de mazapán de Toledo.



—Ahora verás. ¡A la una!
—Ande usted, señorito.

Pasaron años después de esta conversación; Antonio y Paco se separaron al comenzar estudios mayores, yéndose Antonio á Madrid, mientras Paco quedó en Barcelona.

Los padres de Paco murieron, y al frente éste de sus negocios marchaban viento en popa, hasta el punto de que la encuadernación se convirtió en imprenta, y después en casa editorial y librería.

Una noche en que Paco se retiraba á las diez á su casa vióse detenido por un joven

andrajoso, pálido y demacrado, que con acento trémulo le pedía una limosna.

—¡Antonio!—exclamó Paco reconociendo á la luz de un farol á su amigo.

—¡Paco! ¡Amigo mío! ¡Yo soy! —replicó Antonio rompiendo á llorar amargamente.

—Ven conmigo, ven á mi casa.

Cuando llegaron á su casa, Antonio comenzó su relato en esta forma:

—«Mi historia es breve. Fuí á Madrid y derroché las cuantiosas sumas que mi padre mandaba, sin ir á las clases. Á la muerte de



—¡A las dos!
—¡Arriba!



—Y... ¡á las tres!
—Bien decía usted que no pesa...

lo que es bueno. Sí, señor, ya lo verá.

—Puesto que allí tienen cuanto necesitan, el cutter no podía servirles más que para hacernos daño.

—Deje usted venir las cosas.

Se echaron á dormir, y por si al español se le ocurría alguna mala idea, Mesty le cerró la puerta con llave y se guardó ésta en el bolsillo.

Juan no pudo dormir. Había comprendido á fuerza de pensar en ello la enorme responsabilidad que contrajo al dar rienda suelta á su capricho de aventurero. El muchacho se había trocado en hombre, y las extrañas teorías filosóficas cedieron su lugar á los razonamientos lógicos. Si las cosas pudieran hacerse dos veces...

Por la mañana observaron que la tripulación aún permanecía durmiendo en tierra.

Poco después comenzaron á desperezarse. En seguida bajaron á la playa como si buscaran algo. Mesty miró á Juan, y haciendo un gesto diabólico soltóle su eterna muletilla:

—Espere usted un poco.

Los marineros se subieron al pico de una roca que daba frente al buque, y haciendo de las manos bocina, gritaron:

—¡Ah del buque!

—¿Qué ocurre?—contestó Mesty.

—Enviadnos á escape el bote con una pipa de agua.

—¡Esto esperaba yo, Sr. Franco! Dígalos que no.

—Debemos enviarles lo que piden.

—De ninguna manera: se quedarían con el bote.

—Tiene usted razón.

—¿No habéis oído?—gritó el patrón—. Enviadnos á escape lo que hemos pedido; de lo contrario contad con que os cortaremos la cabeza.

—No quiero enviar el bote—gritó

Juan, que en aquel momento sólo escuchaba los consejos de Mesty.

—Entonces, considerad firmada vuestra sentencia de muerte.

Se volvió á la tienda con los otros, y pronto volvieron armados con fusiles de los que llevaron en el bote.

Al ver que apuntaban Juan exclamó:

—¡Justo castigo! ¡Mesty, van á dispararnos sus fusiles!

Impasible como siempre Mesty dijo:

—Espere usted un poco.

El patrón les intimó nuevamente si querían enviar el agua.

—Hay que resistir—afirmó valientemente el negro.

—¡No!—gritó Juan, decidido á todo.

Mesty había adivinado al recurso que acudirían los amotinados, que no era otro que echarse á nado, llegar á los botes que estaban amarrados á la popa del buque y hacer fuego contra ellos si pretendían izarlos ó defenderlos. No era empresa difícil meterse en los botes. Examinaron, pues, el cebo de los fusiles los cuatro hombres y otros dos se despojaron de sus ropas.

—¡Deteneos, os lo ruego!—gritó Juan—. La bahía está llena de tiburones. Os lo aseguro como hay Dios.

—Conque tiburones, ¿eh? ¿Piensa usted que somos niños de teta?—dijo el patrón que era el capitán de los amotinados—. Póngase á cubierto, criatura. Pepe, apunta bien á la cabeza y dispara. En cuanto veáis la cabeza de alguno de los dos, ¡fuego!, muchachos.

—¡Por Dios!, que os digo la verdad: no os arrojéis al agua, yo os enviaré lo que deseáis.

—Ya estás condenado y no te salvan la paz y caridad.

El patrón se lanzó al mar desde la roca. Otros dos le siguieron. Juan los veía ho-

rorizado á tiempo que una bala pasó silbando por su cabeza.

Mesty le agarró por un brazo y casi desmayado lo condujo al portalón. Juan no podía apartar los ojos del sitio en que flotaban las cabezas de los tres marineros.

Pronto se vió elevarse el cuerpo del patrón lanzando alaridos, y en seguida desapareció dejando en la superficie de las azuladas aguas un manchón sanguinolento.

Mesty acababa de llegar con varios fusiles cargados para defenderse de los insurrectos. Al ver la mancha dejó las armas y exclamó:

—¡Ya es inútil!; estamos vengados.

Juan se cubrió la cara con las manos: estaba horrorizado.

Pero aún no había tenido fin la tragedia. Los compañeros del patrón se habían vuelto hacia la playa y nadaban desesperadamente; fué inútil: antes de llegar á la orilla, dos de aquellos monstruos dieron fin de ellos.

El negro se volvió á Juan, y al verle con la cara tapada le dijo:

—Vale más que no lo haya usted presenciado.

—¿Qué, Mesty?

—Los tiburones nos han dejado libres de enemigos: se los han almorzado.

—¡Que horror!

—Sí, Sr. Franco; el espectáculo no ha sido muy agradable; pero tenga presente que si la bala viene un poco más baja, á estas horas estaría usted en el otro mundo. La cosa ha sido horrible; no lo habría sido menos si llegan á cogernos. Entonces nuestros cuerpos serían los que hubieran proporcionado el desayuno á los tiburones.

Juan, desencajado, pálido, convulso, cogió á Mesty por un brazo y le dijo:

—¡Oh, no! ¡No han sido los tiburones! ¡No! ¡He sido yo quien los ha asesinado!

—¿Cómo ha podido ser así?—preguntó el negro estupefacto.

—Si no hubiera desobedecido la Ordenanza; si no hubiera dado el ejemplo de insubordinación, no habría ocurrido nada de esto. ¿Cómo pretender que me obedeciesen, cuando yo desobedecía á mis jefes? Dios me castigará; estoy seguro, Mesty.

—Yo no entiendo una palabra de cuanto me dice; pero creo que no está en su juicio. Llevando las cosas al terreno que usted quiere llevarlas, nada de lo que ha sucedido debió ocurrir, y llegaríamos al punto de que yo no debería estar aquí, sino gobernando á los súbditos de mi principado.

La muerte espantosa que sufrieron aquellos tres amotinados, produjo en apariencia saludable ejemplo en los otros, que se retiraron de la playa á paso lento y con las cabezas bajas. Poco después recorrían el islote de un punto á otro; tal vez buscando el agua apetecida. Al cabo de un rato volvieron á la tienda, y no tardaron en comenzar sus libaciones, que duraron hasta la media noche, hora en que no había ni un solo insurrecto que no tuviera en el cuerpo su correspondiente *merluza*.

Juan, algo repuesto de la horrible impresión recibida, llamó á Mesty cuando empezaba á clarear y le preguntó:

—¿Cómo acabará esto?

—Según lo que entienda usted por acabar. ¿Acabar aquí ó á bordo de la *Harpy*?

—Difícil veo que volvamos á encontrarnos con la *Harpy*. Sólo hay que pensar en que estamos en una isla desierta ó que debiera estarlo. Quiero saber ¿cómo acabará este motín?

—Voy á explicarle cómo pienso poner fin á esta situación: cuando estén dormidos voy á tierra, hago unos cuantos agujeros en los toneles, y en cuanto se acabe el vino se acabó la insurrección.

—Dios le oiga, porque esta vida ya se me va haciendo dura.

CAPITULO XIV

TERMINA EL MANDO DE JUAN CON SU VUELTA Á LA «HARPY»

Mesty llevó á cabo su plan tal como lo había concebido y sin que los insurrectos se diesen cuenta.

Careciendo los marinos de alcohol, ya se les hacía la vida insoportable; por eso decidieron quemar la tienda, implorar el auxilio de Juan y echarse al mar en último extremo.

El pequeño filósofo, que ya iba perdiendo sus ideas poco á poco, presenció el incendio una mañana y se lo participó á Mesty.

—No tardarán en pedirnos perdón—dijo el negro.

—Hablemos un poco, amigo Mesty.

—Hablemos, mi capitán—dijo el negro cuadrándose con rigor cómico.

—Anoche hallé una carta geográfica en un armario de la cámara, y he sacado en consecuencia, después de estudiarla y de consultar la brújula, que estamos cerca de Gibraltar. Creo que dentro de un par de días podremos llegar allá. Conque es preciso disponerlo todo para darnos mañana á la vela.

—Se hará lo que usted disponga.

A la mañana siguiente, cuando se disponían á emprender la marcha con rumbo á Gibraltar, la playa estaba llena de marineros que hacían demostraciones de parlamentar.

—¡Ah, perros!... ¡Ahora vendréis con la cabeza baja!—dijo Mesty—, pero yo os aseguro...

—No debemos ser vengativos, Mesty.

Dios nos manda perdonar y debemos hacerlo.

En esto, uno de los que estaban en la playa gritó:

—¡Ah del buque!

—¿Qué pretendéis?—preguntóles Juan.

—Que tenga piedad de nosotros, que nos perdone, y volveremos á cumplir fielmente con nuestro deber.

—¡Que los crea el diablo!—dijo Mesty.

—¿Qué debo contestar?

—Que no hay piedad que valga. Váyanse al infierno á emborrachizarse y muéranse de hambre.

Juan les contestó:

—Me es imposible llevar amotinados á bordo.

—Ya que nuestra vida está en sus manos y usted la desprecia, no moriremos de hambre, sino comidos por los tiburones; así acabaremos antes. Perdónenos ó no, la culpa fué del Sr. Johnson, el patrón, que nos sedujo. ¡Ea, muchachos, al agua! Adiós, Sr. Franco; hasta la otra vida.

Tan decididos estaban á realizar sus propósitos, que empezaron á despojarse de la ropa. Entonces Juan les gritó:

—¡No seáis imprudentes! ¿Prometéis ser obedientes si os recojo?

—Sí, señor; firmaremos con sangre de nuestras venas, si nos lo exige.

—No es necesario.

Poco después, los marineros estaban á bordo del buque, y tales demostraciones de cariño hicieron á Juan, que no pudo contener las lágrimas.

A la mañana siguiente se hicieron á la vela. Al cabo de un rato de marcha observaron á lo lejos dos barcos, uno de ellos muy grande. Cogió Mesty el anteojo, y después de mirar detenidamente, exclamó:

—¡La *Harpy*, Sr. Franco, la *Harpy*!

—¡Sí, ella es!—gritó otro de los tripulantes—; por Dios, Sr. Franco, no

diga usted al capitán lo que hemos hecho.

Juan mandó reunirse á la tripulación, dispuesto á lanzarla un discurso de los suyos; porque á la vista de la *Harpy* había vuelto á ser filósofo; mas apenas le había comenzado, dejóse oír un cañonazo. La *Harpy* había disparado contra el otro barco, que debía ser español.

—¡Demonio!—exclamó Mesty al ver que el barco contra quien había disparado la *Harpy* contestaba valientemente al par que enarbolaba la bandera roja y gualda. Señor Franco, nos hemos venido á meter de lleno en el combate.

—Ya lo veo, Mesty.

—No hay que apurarse. Ahora la *Harpy* puede tomarnos por un barco español y hacer fuego contra nosotros. Evitémoslo disparando contra el barco de la bandera española. Muchachos, preparaos.

—¿Qué clase de barco es?—, preguntó Juan.

—De guerra—contestó Mesty—, pero no hay que apurarse: seremos dos contra uno.

—Entonces ¡fuego!—exclamó Juan sin acordarse en aquel momento de sus teorías igualitarias.

Ya se ve que el barco había ejercido en él *provechosas enseñanzas*.

—Ahora es preciso izar una bandera, enseñar algún trapo.

—¿Pero de dónde la sacamos?

—Espere usted un poco—dijo Mesty, según costumbre, y escapó corriendo hacia la cámara. Allí cogió una falda deseda verde con flores amarillas y azules que dejóse olvidada la señora anciana, y atándola á una driza la izó, exclamando:

—¡Esto es lo que llaman una bandera de todas las naciones, una bandera de las que no se abaten nunca.

Y como viera que disparaban sin ton ni son:

—¡Cuidado! No disparéis más que un cañón cada vez y dejando tiempo para cargar.

Mientras, Sawridge, desde el puente de la *Harpy*, había observado cuanto hicieron en el buque de Juan.

—Han izado una bandera—dijo á Gascoigne que estaba á su lado—, pero no distingo de qué país es. ¡Ahora disparan!

—Es contra el buque español—dijo el guardia marina—, y la bala debe haberle entrado por la proa.

—Será algún corsario—dijo Wilson—. De todos modos es una suerte que se haya presentado, pues así impedirá que el barco español se refugie en Cartagena.

—¡Vaya una puntería, mi capitán!

—Esa cámara de nuez lleva artillería gruesa.

—Será algún corsario maltés.

—Es un pirata. No distingo bien sus colores; pero me parecen verdes: tal vez es turco.

—Ese cañonazo ha hecho cisco los botes del barco español.

—Sí; todo es confusión allí. Si se sostiene un poco la brisa pronto llegaremos á él. Sawbridge haga usted bracear el aparejo.

La *Harpy* se puso en marcha.

Juan y su escasa tripulación se habían mantenido firmes, y, aunque lentamente, disparaban con provecho, y lograron poner fuera de combate dos botes del barco español.

—¡Ya es nuestro!—gritó Mesty—. ¡Fuego! Apuntad bien. Ahora sopla la brisa. ¡Bien!... ¡Buen cañonazo!... ¡Demonio! ¿Qué es esto?

Una bala habíase metido dentro del casco por la parte de estribor. Corrieron allá. Tres cañoneros españoles se habían presentado por la parte de Cartagena y auxiliaban al otro barco.

INSTITUCIONES BENÉFICAS

EL NIÑO DESCALZO

Las generosas iniciativas de dos escritores segovianos, los Sres. D. José Rodao y D. Martín Chico, han dado lugar á la creación en Segovia de una institución tan simpática como humanitaria. Se titula «El niño descalzo», y su objeto primordial es vestir á esos pobres niños que en el invierno se ven expuestos á todos los rigores de la estación. La idea es altamente sugestiva, y sus iniciadores han tenido el buen acuerdo de ponerla bajo la tutela de las señoritas segovianas, las cuales han respondido al llamamiento con todo el entusiasmo de que son capaces sus corazones juveniles. La prensa de toda España ha elogiado como se merece la creación de «El niño descalzo», y por algunos días la atención de las demás provincias ha convergido hacia Segovia, con motivo de esta empresa generosa.

La naciente asociación, creada bajo tan halagüeños auspicios, por hoy limitará su esfera de acción á preservar los piececitos de los niños pobres de las inclemencias del tiempo. Después aspirará á empresas más grandes,

si el pueblo de Segovia, tan caritativo y humanitario, sigue prestando su concurso á una obra tan meritoria, y comprende que á veces el conflicto más grave planteado entre el capital y el trabajo puede resolverse con una breve fórmula: Dar de comer al hambriento y vestir al desnudo.

Los Sres. Rodao y Chico han puesto el socialismo en acción, escogiendo los procedimientos más eficaces para abordar el problema. Han tendido la mirada compasiva hacia esos pobres niños, esclavos de la desgracia, y en favor de ellos han hecho un llamamiento al alma de las mujeres.

El empeño ha de verse pronto coronado por el éxito más lisonjero, y las madres de esos niños serán el lazo de unión, fuerte y duradero, entre las clases obreras y las que disfrutan de los favores de la fortuna.



D. Martín Chico.



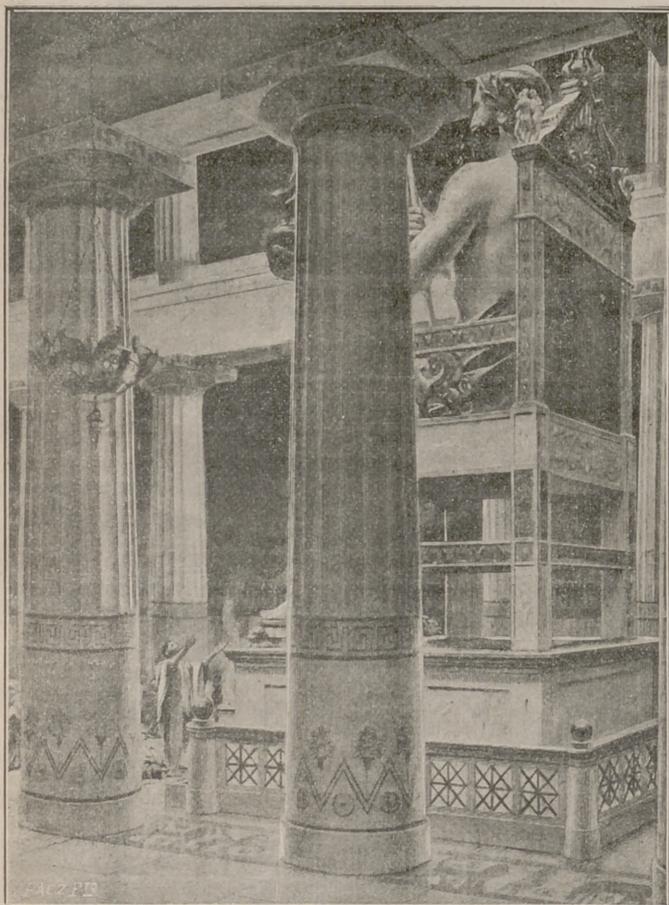
D. José Rodao.

ROSA Y AZUL cree un deber de justicia enviar su modesto aplauso á los queridos compañeros, autores de tan hermosa idea, y á las distinguidas señoritas que tan brillantemente la han secundado.

LAS OCHO MARAVILLAS DEL MUNDO

La estatua de Júpiter en Olimpia ⁽¹⁾

Como la precedente, la estatua de Júpiter es el homenaje de un pueblo tributado á la celebraban en la época del solsticio de estío. Entonces acudían en peregrinación á la ciudad santa, como la denominaban, desde todos los puntos de Grecia.



divinidad á que rendía culto. Júpiter, rey del Olimpo, poseía en Grecia un gran número de santuarios; pero el más frecuentado era el de Olimpia, en Élide. Sobre todo durante los juegos olímpicos que cada cuatrienio se

Los jóvenes que habían de tomar parte en los juegos reuníanse en Olimpia desde diez meses antes de la fecha en que habían de celebrarse.

En la antigüedad griega se practicaban con verdadero amor la carrera, el salto y el pugilato; pero no como deportes, sino como medio de vigorizar el cuerpo. Estos ejercicios tenían para los helenos una significación bien entendida y práctica.

Los juegos olímpicos eran verdaderas fiestas religiosas con que los jóvenes griegos creían honrar á los dioses, desplegando á las puertas de los templos todas sus energías vitales.

La villa de Olimpia era una especie de capital mística del país. Siete grandes calles la ponían en comunicación con el resto de Grecia; y eran encantadoras aquellas vías, pobladas de olivos, de pinos y de abetos, por entre los cuales destacábanse multitud de templos pequeños y mausoleos. Todas las calles confinaban con el templo de Júpiter.

El edificio, al cual se subía por cuatro

(1) Véanse los números 28, 30, 32, 34 y 37.

amplias escalinatas, era de orden dórico y el más grande aquella época: tenía 64 metros de largo por 27 de ancho. Rodeábanle magníficos jardines, y las más delicadas flores enviaban sus perfumes al interior del templo. En la estación en que se celebraban los juegos olímpicos, tejían con las flores de aquellos jardines primorosas guirnaldas para adornar el templo.

El primer acto que debían realizar los vencedores en los diferentes juegos, era ofrecer solemnemente un sacrificio en presencia de la colosal estatua de Júpiter, maravilla de las maravillas.

La colosal estatua tenía 13 metros de altura sin contar el zócalo. El dios estaba sentado en monumental sillón, verdadero primor de talla y repujado. En la mano derecha ostentaba Júpiter una victoria; en la izquierda un cetro coronado por una águila. El cuerpo del dios era de marfil, y las vestiduras de oro cincelado. La cara aparecía encuadrada en espesa barba, y sobre sus hombros descansaba abundante cabellera.

La estatua del rey de los dioses fué esculpida por Fidias, el rey de los escultores, quien á pesar de los muchos elogios que le prodigaron no quedó satisfecho de su obra.

No estaba Júpiter en la actitud airada que algunos le pintan, lanzando sus rayos sobre el pueblo, sino pacíficamente y como protegiendo á las gentes con su tranquila mirada; y aunque aseguran que Fidias se inspiró en Homero para dar vida á su maravillosa estatua, sólo tenía ésta de homérica la grandeza y la majestad.

Caída Grecia en poder de los emperadores romanos, éstos formaron el propósito de llevar á Roma la estatua de Júpiter. Calígula envió una diputación á buscarla á Olimpia, ordenando que en el lugar donde estaba emplazada colocasen una cabeza del propio Calígula, esculpida en marfil por inhábil mano; pero apenas pusieron sus plantas en el tem-

plo los portadores del busto de Calígula, Júpiter lanzó una formidable, estridente, carcajada que los hizo huir aterrorizados, y á Calígula abandonar su proyecto.

El emperador Teodosio fué menos supersticioso é hizo transportar la obra maestra de Fidias desde Olimpia á Constantinopla, en donde desapareció totalmente, sin que nunca más se hayan vuelto á tener noticias de tan hermosa escultura.

TELEGRAMA TAURINO



Infundio 7 tarde. Toros de Veragua superiores. El Pocamiga quedó con estoque y muleta á gran altura. Cuatro orejas. El corresponsal, Camelo.

VESTIR AL DESNUDO

En el número próximo publicaremos la lista de los señores que han contribuído con donativos para la suscripción abierta con el fin de comprar trajes á los niños pobres.

TEATRO GUINOL ⁽¹⁾

EL ENGAÑO DEL VESTIR COMEDIA EN TRES JORNADAS

POR RAFAEL LEYDA

(Conclusión.)

JORNADA TERCERA

Sala en casa de Doña Luz. A un lado, dos caballeros embozados en sus capas y con los sombreros puestos.

ESCENA PRIMERA

DOÑA LUZ, CAMILA.

LUZ.—Gran día el de hoy para nosotras.

CAMILA.—¡Ay, qué gusto! ¡Casarme!

LUZ.—También yo estoy contenta, porque amo al que va á ser mi esposo.

CAMILA.—Como yo al mío.

LUZ.—Es hermoso, lleno de ingenio, y no puedo decir que gallardo porque nunca quiso despojarse de la capa.

CAMILA.—Tampoco el mío.

LUZ.—¡Extraños votos! ¿Serán corcovados?

CAMILA.—Por fuera no se les nota.

LUZ.—Es raro que no hayan venido aún.

CAMILA. (*Mirando en torno.*)—Señora, si están allí.

LUZ.—Es cierto. Pero ¡qué extraño! De espaldas y con el sombrero puesto.

CAMILA.—Estarán enfadados.

LUZ. (*Acercándose al de la capa encarnada.*)—Amor mío, ¿qué te pasa? Si te agravié, dímelo, y el pesar que verás pintado en mi rostro hará huir de tu corazón el agravio.

CAMILA.—Lucero mío, conténtate. Te tengo guardado una pata de pollo en pepitoria y un pescado, tan fresco, que aún no hace quince días que salió de los mares.

LUZ.—No contestan.

CAMILA.—Ni se mueven. Si yo me atreviera... (*Quita la capa y el sombrero al que figura ser el criado.*) Pero, ¡Dios mío!, si no tiene nada dentro.

LUZ. (*Haciendo la misma operación con*

el de la capa encarnada.)—Tampoco éste.

CAMILA.—Dos palos. Nuestros maridos son dos palos.

LUZ.—Mal augurio.

CAMILA.—Pero si el otro era de carne y hueso.

LUZ.—Parece cosa de hechicería.

ESCENA II

DICHOS, DON FERNANDO, FRESNO, con sus primitivos trajes rotos; UN CORCHETE, fuera.

FERNANDO. (*Saliendo.*)—No hay más hechicería que la de vuestra vanidad. El caballero veronés y el hidalgo castellano uno mismo son. Despreciasteis al último porque era pobre, y el primero os pareció bello é ingenioso porque le creisteis rico. No apreciasteis su alma, sino su ropa, y pues lo que amáis es una capa, ahí la tenéis. Casaos con ella.

FRESNO. (*A Camila.*)—Eso es. Ahí tienes la mía también. Y si no, mejor será que me la lleve y te quedes con el palo.

LUZ.—Bien supisteis burlarme.

FERNANDO.—Para que apreciéis que á los hidalgos de lugar, si les falta dinero y corte-sía, les sobra agudeza.

LUZ.—Pero ¿cómo os hicisteis con esas capas?

(*Se oyen aldabonazos fuera.*)

CORCHETE.—¡Ah de casa!

CAMILA. (*Mirando por el balcón.*)—¿Quién llama?

CORCHETE.—Paso á la justicia.

LUZ.—¡La justicia! ¿Qué querrá? Ocultáos.

FERNANDO.—No tenemos por qué.

FRESNO.—Yo me oculto... Por si acaso.

(1) Véanse los números anteriores.

Que mi único fiador, si me prenden, es mi cuerpo.

Luz.—Por favor, entrad ahí.
(*Se ocultan. Camila abre.*)

ESCENA III

DICHOS, DON LUCAS, CONEJO, UN CORCHETE,
OTRO, *que no habla, pero pega.*

LUCAS (*A Doña Luz.*)—No os creí tan liviana, señora, que ocultaseis en casa dos hombres.

Luz.—Tened la lengua. Esos dos hombres son mi esposo y el de mi criada.

LUCAS.—Son dos ladrones que nos robaron nuestras capas.

FERNANDO. (*Oculto.*)—¡Mentira!

LUCAS.—¿Eh?

FERNANDO. (*Oculto.*)—Esas capas fueron el botín de su victoria.

LUCAS.—El diablo les debió ayudar, para vencer al invencible Don Lucas.

CONEJO.—(El criado sí que debía tener el diablo en las piernas cuando me alcanzó.)

LUCAS (*A los corchetes.*)—Mirad, esos son. Aún llevan nuestras capas y nuestros sombreros. Prendedlos.

Luz.—Yo no quiero presenciarlo. ¡Ay, mi esposo!

CAMILA.—¡Ay, mi esposo!
(*Se vuelven de espaldas. Los dos corchetes avanzan con miedo.*)

CORCHETE.—Dáos presos. (*Al agarrarlos se vienen los palos encima.*)

LUCAS.—No tienen cuerpos. Bien decía yo que eran el diablo.

CONEJO.—¡Era de palo! Ahora comprendo cómo me hizo tantos cardenales.)

CORCHETE.—Os burlasteis de nosotros. ¡Tomad!... (*Le atiza con la vara á Don Lucas.*)

(CORCHETE *que no habla, pero pega, cumple su misión con Conejo.*)

CORCHETE.—¡A la cárcel!

LUCAS.—Pero devolvednos nuestras capas.

CORCHETE.—Son el cuerpo del delito y caen en comiso.

(*Se van los corchetes, llevando bien amarrados á Don Lucas y á Conejo.*)

ESCENA FINAL

DOÑA LUZ, CAMILA, DON FERNANDO, FRESNO.

Luz.—Já... já... ¡Pobre Don Lucas! Se lo llevan preso.

FERNANDO. (*Saliendo.*)—Os quedáis sin pretendientes, porque yo también me voy. Adiós, señora.

Luz.—¡Alto á la justicia! No sólo á Don Lucas robasteis, que también me robasteis á mí.

FERNANDO.—¿El qué?

Luz.—El corazón. Y no os iréis sin pagarme los daños y perjuicios.

FERNANDO.—Señora, soy pobre.

Luz.—Pero, ¿tenéis amor?

FERNANDO.—Eso sí.

Luz.—Pues pagadme en esa moneda y quedaré satisfecha.

FERNANDO.—Toda mi vida.

FRESNO.—Y tú, cordera, ¿quieres ser mi mujer?

CAMILA.—Puesto que los amos se casan, los criados, por obediencia... Pero me das temor.

FRESNO.—¿Por qué?

CAMILA.—Porque eres fresno.

FRESNO.—Para todos; pero para ti seré alcornoque.

Luz.—Aquí acaba, ilustre senado, la comedia. Si os gustó, aplaudid.

TELÓN

De colaboración.

EPIGRAMA

El poeta Sinforiano
una obra de Schiller
ha vertido al castellano,
que yo á leer no me allano,
porque no he de recoger
lo que él vertió por su mano.

ANGEL MACÍAS.

EL COCHE

—Este coche es de primera,
y cómodo á no dudar;

di: ¿cuánto cuesta montar?

—Cuatro reales *la carrera.*

—¿Y es la peseta precisa?

—¡Como que si no, no hay caso!

—Pues toma un real, y ve al paso,
¡porque yo no tengo prisa!

D. GONZÁLEZ.

UN PERRO VENGATIVO



—Anda, toma una ducha á ver si me dejas en paz, ¡maldito perro!

Para las madres.

Voy á tratar de los abriguitos. El invierno nos amenaza con sus fríos y lluvias. Es necesario ocuparse de los vestidos y abrigos de invierno.

Un trajecito muy lindo para niña de uno á dos años puede confeccionarse de lanilla blanca ó crema, con cenefas festoneadas en la faldita, y una doble berta que lleva el cuerpecito; la cenefa se hace con seda torzal azul pálido ó rosa. Lleva un cinturón de seda del mismo color de la cenefa formando un gran lazo en la parte de atrás.

Es un vestidito con el que los niños están encantadores.

En abriguitos, hay un buen número donde satisfacer todos los gustos. Para niños de tres á cuatro años los hay de paño de color, guarnecido de bieses respunteados sobre raso del mismo color, suelto completamente, con dos tablas en la parte de atrás y otras más pequeñas en los delanteros. Este abrigo resulta muy elegante si se le

pone cuello de bordado inglés. También son muy lindos los abriguitos de paño blanco *plissé* delante, en la espalda, en las mangas y en la hombrera. Estos abrigos llevan una pelerina ó cuello redondo adornado de *guipure*.

Para niñas de ocho á diez años hay los abriguitos hechura sastre, de cheviot mezclado, beige ó gris, forrado de polonesa y adornado con respuntes; lleva medias solapas de raso.

Los cuellos con motivos aplicación y otros bastante grandes, adornados con entredós calado y bordados, son de gran novedad, y casi todos los vestiditos de los niños los llevan. En estos cuellos hay un gran surtido; algunos son una verdadera obra de arte.

Los sombreros han variado poco las formas: son de castor de seda y bastante grandes. Su adorno consiste en una gran pluma colocada á un lado ó en la parte delantera del sombrero. También se adornan con cintas escocesas formando grandes lazadas, y se pueden colocar en la misma forma que la pluma.

Son de gran moda las bertas en los vesti-

UN PERRO VENGATIVO



—Con que duchas, ¿eh? Pues ahí va esa, y á la reciproca, señor mío.

dos si no se pone cuello de encaje. Aconsejo á mis lectoras elijan para los abrigos de sus bebés paños de color blanco, encarnado ó azul oscuro: son los más bonitos y elegantes para los niños.

Estas novedades están al alcance de todas las clases sociales, y los niños, con mejor ó peor calidad de paño, pueden ir lindísimos.

Para niñas de ocho años los vestidos ya no llevan cinturones con lazada en la parte de atrás, sino ajustados y de la misma tela del traje ó de cuero muy fino,

ENGRACIA IGLESIAS.

De colaboración:

EL HUÉRFANO

Es misera roca que el mar la combate
sin tregua, con saña, con odio cruel;
con olas la escupe, la anega y embate,
su cuerpo pequeño destroza y abate,
porque no se eleve la roca sobre él.

Es débil insecto que, huyendo ligero,
mortífera planta sobre él ve suspensa;
el mundo, si es pobre, le niega severo
su apoyo, que pide con son plañidero
sin ver su desgracia, que es hórrida, inmensa.

Ignoto viajero que, en pleno desierto,
le falta su guía que trace camino,
y el paso dirige ya trémulo, incierto,
y siempre esperando, por fácil y cierto,
su fin, por las fieras ó algún torbellino.

La noche simula, sin luna ni estrellas,
sin astro brillante que venga á lucir,
sin iris, ni rayos, ni mil luces bellas.
Silencio y negrura oirán sus querellas;
desprecios y penas tendrá que sufrir.

En fin, es airosa, gentil margarita
que pisan su tallo con torpe maldad,
y muerte la dieran, con saña inaudita,
si no la amparase, piadosa y bendita,
la mano sublime de la caridad.

FERNANDO UÑÓN CARMONA.

PENSAMIENTOS

No ama la verdad el que la quiere agradable y adulatora; es necesario amar en ella las espinas y las heridas.—*Montaigne.*

Una nación vale lo que valen los individuos que la componen.—*Récicillère.*

CORRESPONDENCIA

Luis Aleixandre.—Madrid.—Quedó usted en puerta. Sus trabajos entran en turno.

Pedro Manuel López Blesa.—Sevilla.—La rápida está bien hecha; pero no encaja del todo en la Revista. ¿Por qué no hace otra cosa?

Blas Pérez.—Madrid.—Admitidos.

Francisco Sánchez.—Málaga.—Su carta no sirve; repase la colección y vea lo que acerca de este asunto se ha escrito.

P. Ordiñana.—Valencia.—Hágame el favor de enviar el nombre de la obra traducida.

Francisco Guerrero.—La Línea.—Entran en turno.

Remigio Dargallo.—Barcelona.—Admitidos sus envíos.

Teodoro Goñi.—San Sebastián.—Prefiero los artículos á los pasatiempos; corregiré éste y se publicará lo antes posible. Siga enviando.

Manuel Baturone.—San Fernando.—Veo con gusto su vuelta al hogar, y sobre todo que no envíe cuentos, de los cuales hay más de 200. Está bien.

Francisco Petit.—Pueblo Nuevo.—El ratón se ha escapado y no resultan bien los versos. Trabaje, que usted llegará. De lo otro... ¡está tan gastado eso de los almanaques!... Irán los pasatiempos.

Mateo Hernández.—Villena.—Entran en turno.

L. Curto.—Madrid.—No sólo no veo la palpitante actualidad que usted dice, sino que los epitaños me parecen una broma de mal género.

Rodolfo y J. A. Martínez.—Madrid.—Les complaceré.

Rafael é Isidoro Barrio.—Cuevas de Vera.—Idem.

Manolita Robles.—Almodóvar del Campo.—Muy bien. Los pasatiempos entran en turno. De lo otro ya le habrá contestado el administrador.

Un lector de ROSA Y AZUL.—Toledo.—Con seudónimos no admitimos nada.

M. Marzo é Izarra.—Toledo.—Le complaceré.

Leonardo Ordoño.—Madrid.—Admitidos.

X + X + X.—Respeto su deseo al ocultar su nombre; pero usted debe respetar mi opinión de no leer ningún trabajo que venga sin firma.

Un suscriptor de Madrid.—Con el envío de la cubierta queda el cuento en condición de ser entregado al Jurado, á quien compete admitirle ó rechazarle.

M. Moncó.—Madrid.—Quedan admitidos los pasatiempos. Lo otro merece un examen detenido á causa de su extensión.

Patricio Fernández.—Madrid.—Entra en turno el cuento.





CHARADA por M. Moncó.

Primera ese traje nuevo
no te tires por el segunda tercera.

JEROGLÍFICO por Carmen Alonso.
PP K nota nota S

CUADRADO por Luis Aleixandre.

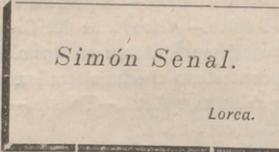


Combinad los puntos por letras y leed horizontal y verticalmente: 1.º, animal; 2.º, verbo; 3.º, objeto de madera, y 4.º, en la baraja.

FUGA DE VOCALES por J. Trigueros.

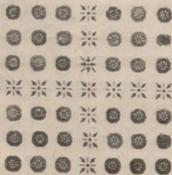
T. s.n. nd.l.nt. y l.v.
s. .g.t. c.n l. .m.c.n
q. .v.l.pt.s. l. m.v.
y v. d.c.nd. s. n.v.
q. .st. .ll. t. c.r.z.n

TARJETA por José Corral.



Combinad las letras de esta tarjeta y hallaréis el nombre de un eminente orador político.

ACRÓSTICO CENTRAL por Leonardo Ordoño.



Léase en las líneas de estrellas vertical y horizontalmente un mismo nombre de varón, y en las líneas horizontales de puntos, nombres de varón diferentes.

ADIVINANZA por Concha G. del Rivero.

¿En qué se parece un huevo á un militar?

LOGOGRIFO NUMÉRICO por Ramón Porta.

1 2 3 4 5 6 7 8	Oficio (plural).
1 2 4 2 6 6 7	Enfermedad.
4 5 6 5 8 2	Nombre de mujer.
5 3 5 6 7	Mes.
6 7 8 2	Nombre de mujer.
5 3 5	Letra.
6 5	Nota musical.
4	Consonante.

JEROGLÍFICO por Blas Pérez y Cía.

E nota LIO kkk T nota R

ACERTIJO por José Muñoz.

En Granada hay un convento
con más de mil monjas dentro
con hábito colorado;
cien me como de un bocado.

JEROGLÍFICO por L. Sánchez.

Océano C tela

SOLUCIONES

A la conversación charadística por M. Moncó: PANTALLA.

Al salero numérico por Enrique Ibáñez: GUMERSINDO.

Al jeroglífico por Silvio Pérez: LAMPARA.

A la tarjeta por Rafael Chuliá: VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

Al triángulo por Benito Garriga:

L E O N
E S E
O E
N

A la charada comprimida por Carlitos Lefevre: MARGARITA

A la adivinanza por Oscar D. Méndez: LA DESOBEDIENCIA.

Al cuadrado por A. Calvin:

A M A R
M O N O
A N I S
R O S A

Al triángulo por Nieves Campa: VIOLETA.

COLEGIO DE ESCRIBANO

1.ª Y 2.ª ENSEÑANZAS. — CARRERA DE COMERCIO

Pontejos, 1. -- MADRID

Este centro de enseñanza, cuyo higiénico local nada tiene que envidiar á los de mejores condiciones de esta corte, cuenta con todo el material que hoy exige la moderna Pedagogía.

El nombre de su Director es bien conocido por cuantos se dedican á la enseñanza.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

Es la única con iodo que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8
MADRID

MAGUILLA



Marca de Fábrica

HARINA LACTEADA

ALIMENTO ESPECIAL

PARA

NIÑOS

Ancianos y convalecientes

BIBLIOTECA INTERNACIONAL
DE

CIENCIAS SOCIALES

(ZAHM Padre dominico).

LA EVOLUCIÓN Y EL DOGMA

(Acabada de publicar), 5 pesetas.

SCHEICHER (Profesor de Moral).

LA IGLESIA Y LA CUESTIÓN SOCIAL

3 pesetas.

A. ZERBOGLIO (Catedrático y Diputado).

EL SOCIALISMO Y LAS OBJECIONES MÁS COMUNES

2 pesetas.

Todas estas obras, de universal reputación, esmeradamente traducidas é impresas, se hallan de venta en la *Sociedad Editorial Española*, calle de San Roque, 18, Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID

ANTES DE TOMAR UN CROQUETINA DESPUES DE TOMAR LA LACTOFERRINA

Tos Ferina
y toda clase de
TOS EN LOS NIÑOS DESAPARECE EN POCOS DIAS CON LA
LACTOFERRINA
del Dr. M. CALDEIRO
5 pls. caja en todas las farmacias y
D. G. GARCIA-Capetanes 1-MADRID
Por 5,50 pls. la remite el autor por correo
PUERTA DEL SOL Nº 9
MADRID

TURRONES, mazapanes y demás gé-
neros propios para Na-
vidad; no compren sin visitar la casa **más**
higiénica de Madrid, la que **mejor pesa**.
30, Barquillo, 30 **DÍEZ Y DÍEZ**
MADRID

SOBRE-MONEDERO

para mandar por correo dinero en
metálico, certificado, con la garantía
del Estado, que abona la cantidad
declarada en caso de extravío. Se
vende en todos los estancos á
25 céntimos.

En el sobre-monedero pueden re-
mitirse hasta 50 pesetas en cual-
quier clase de moneda.

Oficinas: **GOYA, 19, BAJO**
MADRID

Talleres de fotograbado

DE LOS
SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.
Precios sin competencia.

Quintana, 93.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de **ROSA**
Y AZUL.—Lecciones de dibujo y modelado.
Dirijan los avisos á la Administración de
esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los
colegios de libros de enseñanza.
OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS
SERRADILLA (Cáceres)
Pídanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la
Denticina que han imitado bien
para sorprenderos, pero causan graves tras-
tornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.
Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gas-
tralgias, úlceras, diarreas,
vómitos y cuanto revela malas digestiones se
cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida
en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10
reales).
Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

SASTRERIA «EL INFANTE»

para niños y caballeros.
26, PRECIADOS, 26

Trajes paño desde 5 pesetas.
» jerga » 10 »
» Gabanes » 10 »

SECCIÓN DE CABALLERO

Traje desde 40 pesetas.
Gabán » 85 »

Todo confección esmerada y gé-
neros superiores.

26, PRECIADOS, 26

PASTILLAS cloro-boro-sódicas **BONALD**
— con cocaína —
Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de
garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granula-
ciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibacilar **BONALD**, de thiocol-olimo-
vanádico-fosfo-glicérico
De acción segura en la tuberculosis, bronco neu-
monías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gri-
pales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para
combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.
De venta en todas las farmacias y en la del autor,
Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid